

ceras de hombre y de patriota y que por medio de Chile lanza al mercado librero americano sus obras siempre tan llenas del espíritu y la sangre de la Francia inmortal...

https://doi.org/10.29393/At257-258-314FALY10314

FALUCHOS, de *Leoncio Guerrero*.—Editorial Zig-Zag.

Quien desee encontrar extraños conflictos sentimentales, alambicada urdimbre interior, o trucos emotivos para gustos estragados, recibirá un duro rechazo, al enfrentar la portada misma de este libro, alimentado por las savias del más puro y simple criollismo. Por más que algunos plumistas desbarren contra esta literatura que día a día nos da muestras de su vitalidad creciente, los libros con la entraña del campo o del mar nuestros decidiendo destinos ponen en el pensamiento de los chilenos la certeza de que este país está construyendo un sólido clasicismo literario de abundosa expresión nativa; clasicismo en el cual la producción del siglo pasado no pasa de ser balbuceo de nación en lento proceso de forja literaria y artística. De seguro, esta primera mitad de siglo con su recio equipo literario de acento vigorosamente chileno, será la brillante base en que se apoyen las nuevas tendencias, más o menos criollas, más o menos puras o líricas o imaginistas, apuntadas a la evasión del medio geográfico.

El criollismo cultivado con tanto fervor por los escritores chilenos ha ido acunándose en cada pedazo de la tierra chilena donde podía encontrar el contenido esencial de la novela o el cuento. Según algún comentarista, hasta la aparición de «Rotos» el libro criollista ha sido de tipo regional y casi folklórico, pues se ha detenido con mayor o menor complacencia en la característica local dejando el contenido humano supeditado con exceso a lo primero. «Rotos», resume la tonalidad humana de nuestro pueblo en un haz de tipos diferentes. El localismo ha ido, así,

construyendo una geografía literaria que necesitábamos como antecedente de lo que vendría, del libro de esencial contenido humano, de espíritu dominante, ya sea pasional o subjetivo. El paisaje chileno, variado y hasta fantástico en su riqueza expresiva, ha dominado nuestra literatura y con ella ha alcanzado jerarquía universal. El tipo humano, relegado en actitudes y conflictos secundarios y triviales, empieza ahora, por natural alternativa, a reclamar su misión profunda en el libro. Se echa de menos en Chile el dramatismo de nuestra literatura, recargada de exteriores. Ya encontramos nuestro paisaje; ahora queremos a nuestro héroe.

En el libro que motiva estas reflexiones, señalamos un nuevo aporte local a la novela chilena, una clara y simple expresión de paisaje en el mapa de la pintura literaria. El autor había entregado ya su retazo en un anterior volumen, «Pichamán», estampas de la serranía maulina. En «Faluchos» agranda el telón y coge la vida del río magnífico hasta su epopeya marina. Latorre nos había entregado ya su visión pintoresca y un poco sentimental del puerto de Constitución y de la vida del río. Guerrero acomete, pues, una tarea difícil. ¿Cómo ve él aquello? De un modo diferente, desde luego, aunque los grandes planos del paisaje subsisten y la organización técnica del libro no difiere visiblemente de las grandes líneas trazadas por Latorre. La bifurcación se advierte en el acento interior, en la inclinación hacia lo épico, hacia el planteamiento de una pugna de fuerzas elementales—el hombre primitivo, el nativo, y la naturaleza ambiente, el mar y sus alternativas apasionantes. Lo descriptivo es un simple antecedente ambiental de lo dominante, que es la vida humana, el proceso de la voluntad del personaje débil o fuerte, predestinada siempre a enfrentarse con el poder del mar.

Hay en el escritor una identificación sostenida con el caudal del drama; paisaje y acción respiran sin esfuerzo el aire de la contienda primaria y no aparece en el trance nada extraño, nada que signifique artificio de una pupila poseída del virtuosis-

mo que emana de un espíritu naturalmente plácido y puramente curioso.

Deberemos señalar el acierto de aquella página en que un bote tripulado por muchachos se defiende de una mar enfurecida, lo que demuestra la tendencia del escritor, y asimismo, la beligerancia de tantas vidas ofrecidas al azar de un mundo en que la conciencia no existe y el corazón se entrega a cada miraje tentador.

Ciertamente, el temperamento de Guerrero habrá de despojarse en el futuro de esa pesadez que abrumba el ambiente y la trayectoria de sus tipos, y ahoga el impulso que precipita las fuertes emociones. Esta gimnasia que para el escritor significa «Faluchos», habrá de darle esa soltura tan necesaria a sus próximos trabajos, y necesaria asimismo al grueso de la literatura chilena, presa con frecuencia en un localismo primario. La atmósfera que emana de una sensibilidad cultivada y penetrante imprimirá alta e insospechada vibración a nuestra literatura.—
L. Y.



CON LOS OJOS ABIERTOS SOBRE LAS TRES AMÉRICAS, por *Walterio Meyer Rusca*

Mi buen amigo don Walterio Meyer Rusca, ha tenido la gentileza de enviarme su libro recién publicado «Con los ojos abiertos sobre las tres Américas. Diario de mi viaje».

Carece el autor de pretensiones literarias, y si se ha largado al campo de la publicidad, ha sido sólo por su afán rotario, de dar de sí, sin pensar en sí. Unas palabras a manera de prólogo del malogrado periodista y gran rotario Arnaldo Márquez, nos dan a conocer al autor, Ingeniero suizo «aclimatado y superchilenizado» y nos cuenta cómo consiguió vencer sus escrúpulos para titular a su libro «Con los ojos abiertos». Estas palabras